

la represion de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? basándola sobre la abnegacion, sobre el desprendimiento, sobre la mortificacion de la carne, sobre la abdicacion de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo entero al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, á la instruccion de la infancia, á la conversion de los pecadores, á la propagacion de la fe del Crucificado entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida comun, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha no engendren primero el desórden, y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida comun, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se comprimen, todo está regido por un pensamiento comun, todo está absorbido por un pensamiento comun, todo subordinado al santo fin que se propusiera el fundador, todo gobernado por una voluntad á la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pié los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas á sus impulsos naturales, y vereis como se chocan vivamente, como se destruyen unas á otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorbido el hombre en la comunidad, quedaria el alma sin resorte y por consiguiente vegetara en la inaccion á no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creéis por ventura que ese religioso á quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro como un cadáver, creéis por ventura, que no abriga en el íntimo de su corazon un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos,

agradables las mas penosas tareas, fáciles las mas arduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubris al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad á que pertenece; pero penetrad en su alma, oidle cuando derrama en la expansion de la amistad ó en las efusiones del entusiasmo el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notareis que al desprendimiento de los bienes de la tierra ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que á los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amar á Dios, de amar á sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad excogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca tambien el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorba en la comunidad; pero ¿cómo? por un refinamiento de egoismo, por un refinamiento del sentimiento individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demás socios proveerán con abundancia á cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado de la intensidad con que él se dedique á la tarea que le corresponde.

¿Cuál seria la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia mas cumplida, el total abandono á los malos instintos, á todo linaje de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase, habria la mas repugnante injusticia en la distribucion de los productos, pues que los muchos perezosos y malos se aprovecharian de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América debiera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony no es un caso excepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaria en todos tiempos y países. M. Owen empeñado en no reconocer los vicios ra-

dicales de su sistema, achaca el mal éxito de su tentativa á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gérmen se desarrollaria á la sombra de la misma institucion, y léjos de mejorarse los individuos de que constaria la comunidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que exigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en exigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de

las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se extravian lastimosamente, no solo en lo que toca al origen de nuestros males, sino tambien en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen explicar las causas del malestar del linaje humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion existente y reemplazarla con otra nueva que allá en sus sueños excogitaran. —J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 3.º

SE DESVANECE UN ERROR SOBRE LAS CAUSAS DE SUS REVUELTAS.

Despues de habernos ocupado de la parte material de Barcelona, justo es que fijemos nuestra atencion en la política, social y moral. Desde luego salta á los ojos que esta ciudad se halla en circunstancias muy excepcionales con respecto á las demás poblaciones importantes de España. Basta pasar de ella á Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla ó Madrid, para palpar la diferencia. Al verla con sus numerosas fábricas, sus repletos almacenes, sus magnificas tiendas, sus elegantes edificios; al notar los hábitos de aseo en todas las clases; al observar el espíritu de trabajo y de adelanto que las domina, diríase que Barcelona no pertenece á España, sino que es una importacion que se nos ha hecho de Bélgica ó de Inglaterra, célebres por las